

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SUPLEMENTO AL NÚM. 888 DE A B C

SE PUBLICA TÓDOS LOS SABADOS

AÑO II

MADRID, 9 DE NOVIEMBRE DE 1907

NUM. 42



LAS MONEDAS DE COBRE

CONTINUACION

Porque soy el primero en reconocer que la facultad creadora escapa á todos los esfuerzos de mi disposición y de mis estudios. Limitaré mi ambición de artista á la reproducción lo más exacta posible de las grandes obras de los otros. ¡Cuánto he desea-

do esa gloria que rodea á los príncipes del arte! ¡Ver, como Cimabue y Giotto, al pueblo en que nacieron entregarles sus más preciados monumentos para que los embellezcan con sus pinceles! ¡Los emperadores que os llaman para decorar sus palacios; los



Papas que os abren los templos santos, catedrales y basílicas para que vuestro genio las revista de todas las tradiciones de nuestra santa religión! ¡Sí, ser grande como Giorgione en Venecia, aunque hubiera de morir joven como éll! ¡Reinar como el sublime patriarca del arte, Ticiano, como Miguel Angel, como Rafael, ser el honor y el amor de un siglo entero, siglo de radiante renacimiento!

—Moncristian, hijo mío—dijo con tristeza Gambessa,—¿has acabado tu última copia?

—La he entregado y me han dado treinta zequíes.

—¡Treinta zequíes! ¿Te han pagado treinta zequíes por una copia de un cuadro de Allegri? ¡Oh, los hombres!

Gambessa se detuvo unos instantes, conteniendo apenas la viva emoción que exaltaba la amargura de su pensamiento.

—Moncristian—dijo de pronto,—hijo mío, ha llegado la hora de que te cuente una triste historia que yo había creído prudente ocultarte hasta que llegase una ocasión en que pudiera serte útil su relato. Escúchala atento y después acepta con resignación el papel secundario que te ha asignado en las artes la Naturaleza. Y vos, Barrocino, prestad atención, porque vais á saber la historia de mis monedas de cobre.

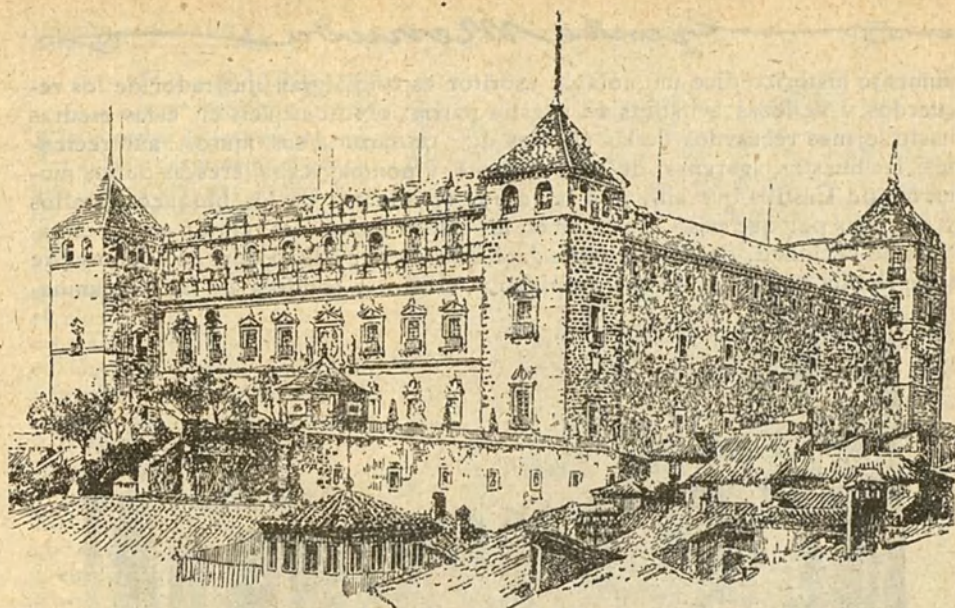
Al nombrarlas, el joven Moncristian se puso colorado.

—Barrocino, mirad cómo se ruboriza vuestro discípulo; es la modestia de su excelente corazón, que tiene gran relación con esta historia. Desde que renuncié por completo á los pinceles, y después de haber vendido á precio de oro una galería de cuadros al duque Alejandro Piccolomini, resolví viajar por Italia y recorrer hasta sus pueblos más pequeños, con objeto de ir formando otra colección. Partí de Roma y visité Nápoles, Venecia, y por cierto que en ésta me hablaron de cierto pintor que firmaba generalmente

Lieto, el cual, según decían, era un aldeano que había encontrado en su propia naturaleza, sin la ayuda de los estudios de escuela, un modo de pintar que le permitía rivalizar con los maestros de más fama. ¿Cómo se explicaba que un pintor de estas condiciones fuese desconocido, que sus cuadros no hubieran llegado á Roma, y que habiendo tantos príncipes y duques dedicados á la protección de los talentos, ninguno de ellos hubiera tenido la fantasía de ver y apropiarse este talento superior, este genio? *Lieto* no había salido nunca de su país, según decían, y sus cuadros vendíalos á precios casi vergonzosos. Todo esto me parecía poco digno de crédito, y cuando me hablaron de aquel fenómeno me indigné. «Pues bien—me contestaron,—id á Parma, entrad en la catedral y mirad la cúpula.» Algunos días después continué mi viaje sin preocuparme gran cosa de este consejo. Llegué á Correggio donde reinaba á la sazón una fiebre epidémica, por lo cual, sin apearne, resolví tomar el camino de Parma. Al paso de mi caballo, atravesaba el último barrio de Correggio, en cuyo límite se veían acá y allá varias humildes casitas aisladas en verdes praderas. A la puerta de una de aquellas moradas se ofreció á mis ojos un cuadro encantador de sencillez interesante. Una mujer joven, cuya cara tenía la más dulce expresión que se puede dar á las imágenes de la Virgen, estaba de pie, apoyada en un árbol, y tenía un canastillo de flores bajo el brazo izquierdo, del cual cogía con la mano derecha las flores y las dejaba caer sobre un hermoso niño que á sus pies jugaba echado en la hierba y tendía sus bracitos hacia aquella lluvia florida, al par que sonreía á su madre con toda la gracia de sus grandes ojos negros de querubín. A dos pasos, sentado en un banco rústico, un hombre de noble y humilde aspecto contemplaba aquel cuadro delicioso.

Continuará.





MONUMENTOS HISTORICOS

EL ALCÁZAR DE TOLEDO

Señalan las tradiciones toledanas varios sitios de la ciudad donde tuvieron su morada los monarcas visigodos; pero quien escogió la eminencia en que el actual alcázar se encuentra, para edificar allí su palacio-castillo, fué D. Alfonso el Conquistador.

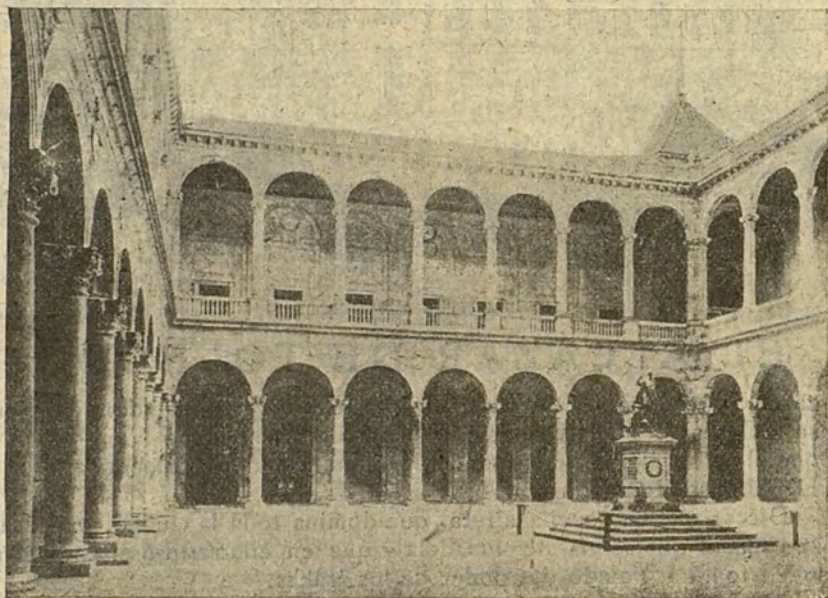
Dícese que en aquella altura, que domina toda la ciudad, existía una fortaleza romana que servía de ciudadela y que en ella residió el Cid cuando Alfonso VI tomó á Toledo del poder de los árabes.

Fortaleciéronlo todavía más los dos Alfonsos en el siglo XII, y Fernando y Alfonso X *el Sabio* lo engrandecieron, convirtiéndole en magnífico palacio. También hizo allí obras de embellecimiento el famoso D. Alvaro de Luna y los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel; pero quien, respetando las construcciones anteriores, le dió nuevo ser y uniforme y grandioso plan, fué el emperador Carlos I de España y V de Alemania.

Cuando á la muerte de Carlos II se encendió en España la guerra llamada de Sucesión, porque en ella se disputaban la corona de estos reinos el delfín de Francia, después Felipe V, de la casa de Borbón, y el archiduque Carlos de Austria, sufrió el alcázar de Toledo grandísimos quebrantos. Los aliados del pretendiente austriaco, ingleses y portugueses, lo abrasaron en 1710 con envidioso despecho antes de abandonarlo.

Carlos III, á cuyo nombre va unida la construcción de tantas obras públicas de nuestro país, no podía consentir que aquel hermoso alcázar toledano se arruinase abandonado, y se ocupó en su restauración. Luego, la que antes fuera morada de reyes y emperadores albergó en su recinto á los trabajadores de una fábrica de sederías. Todavía en la guerra de la Independencia tuvo el alcázar que sufrir otro devastador incendio que prendieron los soldados de Napoleón en 1810. Quedaron fuertes y erguidos sus muros exteriores, y por dentro ruinas y escombros, hasta que el general San Román, director de Infantería, consiguió su restauración para instalar en él la Academia del arma. De este mo-

numento histórico dice un notable escritor español, gran ilustrador de los recuerdos y bellezas artísticas de nuestra patria: «No busquéis en estas piedras harto lejanos recuerdos de las alarmas que causaron á sus muros, aún recientes, las huestes ágarenas; de las ovaciones y pompas caballerescas de los monarcas de Castilla que allí, por su turno, residieron; de los bloqueos, asaltos y entregas por que pasó el alcázar en las civiles luchas del reino ó en las intestinas de la ciudad, desde que se declaró contra el rey D. Pedro, en defensa de su oprimida esposa, hasta que desplegó al viento la bandera de las Comunida-



PATIO DEL ALCAZAR DE TOLEDO

des de Castilla; no llaméis por testigos ajenas y saones: todo habla en su presente forma de la grandeza imperial de Carlos V, de la unidad política simbolizada en la regularidad arquitectónica, y de la cultura, á un tiempo sólida y elegante, que las artes, así como las letras, alcanzaron bajo su cetro.»

Fueron llamados para construir esta obra en 1551 Luis de Vergara y Alonso de Covarrubias, y de ellos es la fachada Norte, de estilo de transición entre el género plateresco y el greco-romano. Coronan la portada dos heraldos con un gran escudo imperial, en cuyo friso se lee: *Carolus V, romanorum imperator hispaniarum rex, MDLI*. La fachada Sur es obra del autor del monasterio de El Escorial Juan de Herrera; pero el mérito de esta fachada es inferior al de la de Covarrubias. El palacio está flanqueado por cuatro torres. El patio es magnífico, cuadrado, con cuatro galerías y 32 arcadas. Por entre los arcos del fondo, y ocupando el espacio de los tres del centro, aparece la majestuosa escalera que trazó el insigne Francisco de Villalpando, y que Felipe II, cuando era príncipe todavía, dirigió desde Londres en 1555, un año antes de la abdicación de su padre. En el centro del anchuroso patio hay un grupo de bronce, copia del que existe en el Museo del Prado, obra de Pompeyo Leoni, que representa al emperador triunfando del furor por la virtud.

EL BUITRE

En el orden de las aves rapaces, el buitre representa el género que los naturalistas llaman *Vultur* y que se caracteriza por tener el cuerpo grueso, el cuello corto y fuerte, el pico largo, vigoroso y corvo, las alas anchas, el plumaje espeso y suave y la cabeza cubierta de un plumón corto, lanoso y crespo, que forma una especie de moño; la nuca y algunas partes de la garganta están desnudas, y plumas anchas y cortas forman su collar.

Las principales especies de buitres, son: el *monje* ó *ceniciento*, que es el que aparece en nuestro grabado de esta página; el de *collarejo*, el de *liebres*, el *barbudo*, el *real*, el de los Andes ó *condor*, y el *buitre gavián* ó *gips*.

El monje es la mayor de las aves conocidas en Europa, pues mide 1,10 metros de largo por 2,22 metros de ancho de ala á ala, y plegada ésta, de 0,76.

Esta ave de rapiña tiene próximamente el tamaño del condor. Su plumaje es de un color obscuro, los ojos pardos, el pico azul en la base, rojizo en ciertos sitios, y de un violeta vivo y azul en la punta. Sus patas son blancas ó de color de carne, con vivos violeta; el cuello plumoso, y un círculo violáceo rodea sus ojos.

Sus alas, fuertes, anchas y largas, son poco puntiagudas, y si no permiten al buitre volar rápidamente, hacen su vuelo sostenido y poderoso, con el que se eleva á alturas extraordinarias. Su vista es muy penetrante, y así se explica que un buitre que se cierne á grandísima altura distinga la presa que apetece á distancias enormes.

Cobardes y prudentes, no atacan á los animales vivos, si no tienen por el número una gran superioridad sobre ellos, y prefieren alimentarse de carnes muertas, aunque estén en descomposición. Es frecuente, cuando hay en el campo un cadáver descubierto, que acudan inmediatamente los buitres, y muchas veces en las grandes batallas se les ha visto volando á gran altura sobre los combatientes, para precipitarse después sobre las víctimas abandonadas. Por lo general habitan en las altas montañas, anidando en escarpadas rocas, pero algunas veces hacen el nido en los grandes árboles.





EL CARACOL Y LA TORTUGA

Lafontaine el fabulista
que contó la historia aquella
de una tortuga venciendo
á una liebre en la carrera,
no supo todo lo vana,
orgullosa y hasta necia
que se puso la tortuga
recordando aquella empresa.
Ya estaban los animales
hartos de la cantilena
de la tortuga que á todc
sacaba á luz su proeza,
y por ver si escarmentaba
de aquella hinchada soberbia,
decidieron entre todos
hacerle una jugarreta.
Una tarde una marica,
muy vivaracha y parlera,
la dijo:

—Doña Tortuga,
me alegro de verla buena.
¡Sabe usted lo de ese picaró
caracol? ¡Habrá insolencial
—¿Qué es ello?

—Pues que se harta
de decir á boca llena
que usted no corre un pimiento
y que es capaz de vencerla.
—¿Eso dice?

—Y lo asegura
con tal empaque y tal flema,
que hay animales muy serios
que piensan en una apuesta.
—Por mí no hay inconveniente.
¿Qué he de temer que me venza
un triste caracoljillo
que se arrastra por la tierra,
teniendo yo cuatro patas
que en la célebre carrera
con la liebre...?

—Basta, basta;
no se moleste en traerla
á colación, la sabemos
de memoria.

—Pues si aquella

liebre no logró vencerme...

—Bueno, bien, vamos á cuentas:
¿cuándo quiere usted que hagame
esa decisiva prueba?

—A mí me es indiferente,
sea cuando ustedes quieran.

Organizaron la cosa,
se fijó el sitio y la fecha
y caracol y tortuga
vinieron á la palestra.

—Yo la doy—dijo el primero—
dos pasos de delantera—
y se colocó á su espalda.

—Hay que andar en línea recta—
dijo la marica;—yc
me colocaré en la meta
y proclamaré al primero
que llegue—y de esta manera
dispuesto todo, el silbido
del mirlo les hizo seña.

Salió entonces la tortuga
con toda la ligereza

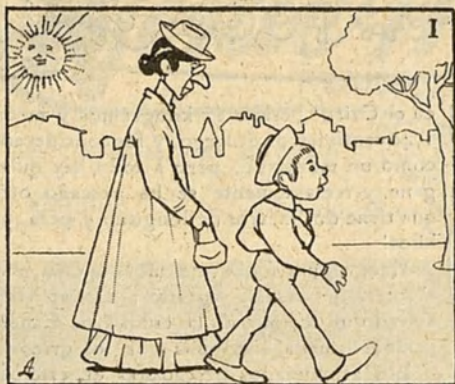
que al animal le permite
el llevar la casa á cuestras,
y el caracol, despacito,
para que no lo advirtiera
se subió sobre la concha
y fué sentado sobre ella.

La vanidosa tortuga
volvió luego la cabeza,
y al no ver á su rival,
se puso entonces más hueca.

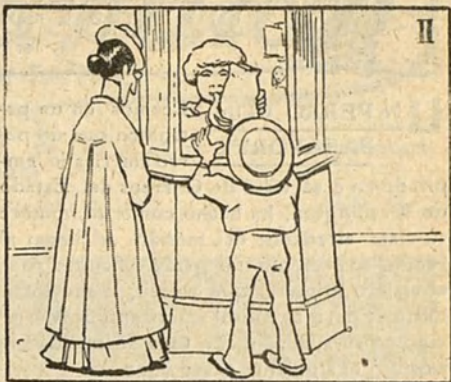
—Qué delantera le llevo—
dijo; mas tuvo la idea
de si iría más delante,
y apresuró su carrera;
iba á llegar, fatigada,
cuando sintió en su cabeza
un golpe y se entró en su concha.
y entonces, saltando de ella
el caracol llegó al límite,
y la marica parlera
gritó:

—¡Ganó el caracol
por dos pulgadas y media!

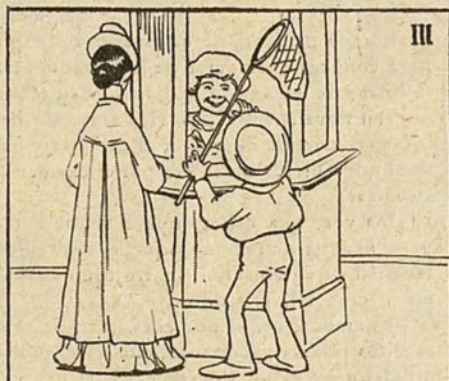
LAS AVENTURAS DE QUICO



Una tarde de primavera, en que el sol reía, salió Quico de paseo con su miss y se dirigieron al campo.



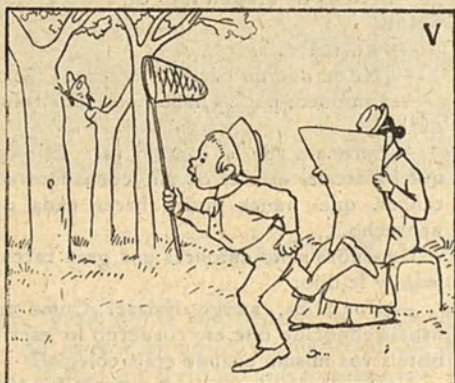
Al pasar junto á uu quiosco de chucherías, se le antojó á Quico comprar garbanzos de pega.



Y una manga para cazar mariposas, de las que estaba haciendo una buena colección.



Mientras la miss se acomodaba en un banco, se guardó Quico en la blusa los garbanzos.

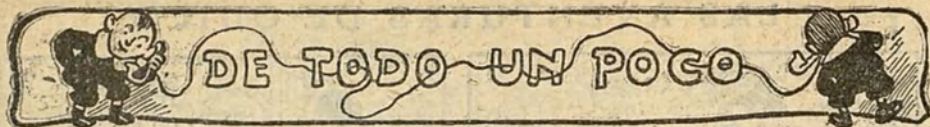


La miss se enfrascó en la lectura de un diario inglés, y comenzó el niño la caza de las mariposas.



Siguiendo á una de ellas que no se dejaba coger, se vió detenido por un espeso matorral.

Continuará.



UN PERRO CON PASAPORTE Leemos en un periódico que un perro americano, empleado en el servicio de Correos del Estado de Washington, ha hecho como un hombre su viaje alrededor del mundo. Al llegar al Japón, se presentó una grave dificultad para el viajero, toda vez que carecía de sus documentos; pero el cónsul americano de Viogo vino en su ayuda, y con toda formalidad le expidió el siguiente pasaporte:

«Concedo libre y seguro pasaporte al perro *Owney*, de los Estados Unidos, cuyo nombre va inscrito por Viogo-Khen-Cho, á fin de que pueda viajar por el interior del Japón.

»Queda advertido el perro, en todos sus detalles, de las instrucciones del Gobierno japonés, impresas al dorso en caracteres japoneses, así como de la obligación en que está de conducirse de una manera conveniente y pacífica con las autoridades y el pueblo del Japón.

«Firmado: James J. Cornelly, cónsul de los Estados Unidos en Viogo (cobé). Nombre del portador: *Owney*, el perro viajero americano.»

Añade el colega que *Owney* se ha portado perfectamente en el país del crisantemo, y que ha realizado su viaje administrativo con toda felicidad.

LOS MONOS EN CHINA Hacen notar algunos viajeros que han recorrido el Celeste Imperio, que todos los monos que por allí han visto tenían la cola cortada. Esto dicen que obedece á que los chinos no pueden consentir esa caricatura de su coleta.

UN PEZ MAYUSCULO Los naturalistas nos dicen que el sollo es un pez que vive hasta doscientos años, y alcanza una talla colosal; pero todavía es mayor y más notable el *ichr*, como le llaman los árabes, ó *la tesniloticus*, como le denominan los sabios, que vive en el Nilo y en otros ríos y lagos de agua dulce.

En el Museo del Jardín Zoológico de Ciseh se conserva un *ichr* pescado en 1903 en el lago minúsculo de Esbekiyek,

en el Cairo; pesaba 25 kilogramos y medía 1,40 centímetros de largo, y fué considerado como un monstruo; pero á todo hay quien gane, y recientemente se ha pescado otro que tiene dos metros de longitud y pesa 190 kilos!

Hace algunos miles de años, el *lates niloticus* era un animal sagrado al que se había elevado un templo en la ciudad de Esneh-llama, llamada Latopolis por los griegos.

Los afortunados pescadores de este pez mayúsculo de que hemos hablado, vendieron su carne al precio de un franco el kilo.

BALZAC GRAFOLOGO Antes que la moderna grafología pretendiera establecer sus reglas para conocer el carácter de las personas por la forma de letra de los escritos de su mano, el gran novelista francés Honorato de Balzac alardeaba de descubrir el carácter y hasta el porvenir de un sujeto por el examen de su letra.

Una vez, una señora que discutía con él y se negaba á creer en aquella maravillosa facultad de adivinación, le trajo un cuaderno de colegial, y le dijo:

—Vamos á ver si por el examen de estos escritos podéis adivinarme cuál es el porvenir del niño á quien pertenecen.

Muy detenidamente estuvo Balzac examinando el cuaderno, y al cabo, frunciendo el entrecejo, preguntó á la señora:

—¿No es de ningún hijo de usted el cuaderno?

—No, señor.

—¿Ni de ningún pariente cercano?

—Tampoco, podéis hablar con toda franqueza,

—Entonces voy á hacerlo así. El niño que ha escrito esto es de tan cortísimos alcances, que nunca podrá hacer nada de provecho.

La señora soltó entonces una gran carcajada, y le dijo:

—¡Por Dios, amigo Balzac! ¿Cómo no habéis conocido que ese cuaderno lo escribisteis vos mismo cuando erais colegial?

No cuenta la historia lo que el famoso novelista contestó después de esta cogida, que, familiarmente hablando, pudiéramos calificar de plancha